

La Santidad en el Oriente separado

Carlos V. Caballero, S. J.

"Los antiguos cristianos del Oriente merecen no solamente el respeto sino toda nuestra simpatía" (Pío XI).

Es precisamente el P. Koruga, sacerdote ortodoxo, el único personaje que lleva una antorcha de luz en la dimensión de un libro raro, deshecho y denso, algo así como el cine italiano. Su título está en nuestro tiempo y fuera de nuestro tiempo, en nuestra civilización y fuera, más allá, de nuestra civilización.

Quiere llamarse la "HORA 25", escrita con letras para que sea más larga, porque el tiempo dimensionado del reloj, del trayecto solar o de la imposición oficial, es insuficiente para dar cuenta y recoger los pedazos de una civilización fraguada en la tranquilidad materialista, décadas finales de un siglo que pudo llamarse de "los Previsores del Porvenir", y en la tranquilidad bobalicona del conservador seguro social. Pero civilización rota entre los años, dedos de una mano casi bíblica, de 1939 a 1945.

Es precisamente el P. Koruga la línea más definida, con su indefinida esperanza, la línea más humana en esa deshumanización del hombre y su "ficha", múltiple visión de su andar por las oficinas de control y los campos de concentración. En torno a esa unidad humana del P. Koruga, como el ojo perfectamente dibujado en un cuadro de Picasso, respiran y se asfixian casi siempre los otros símbolos, una y mil Europas de la post guerra, grabados con las iniciales a la espalda de Prisioneros de Guerra.

Y el P. Koruga es un sacerdote, párroco ortodoxo de un pueblo rumano que muere, así deben morir los santos, en un campo de concentración americano. No está canonizado y quizás su existencia sea un símbolo, pero sus pies blancos y desnudos y su mano larga y caída dejan una raya de espiritualidad y elevación cristiana.

Yo supongo que serán miles de Korugas, miles de antorchas las que al extinguirse dejen el fulgor de su santidad, recogida en el haz teocéntrico

de la Iglesia Oriental Ortodoxa. Y que se empeñarán en miles de Epifanías manifestar a Dios a los hombres que sufren.

* * *

El depósito de mil años de unidad católica que existió como una realidad, como una vida en la Iglesia del Oriente, permanece todavía con los defectos de la merma y la debilidad. Lo que antes brotaba pujante hasta en la geometría complicada, minarete y columna, se ha fosilizado como un hito de lo que fué. Aquel gesto rotundo y solemne de su liturgia de oro no es —ya— la (expresión) expresiva madurez que voceaba, en la rosa de los vientos de la Catolicidad la emocionante palabra de la **Santidad**.

Hoy esa voz permanece recoleta y mediatizada por factores que la sofocan. La existencia de la SANTIDAD en el Oriente separado no es precisamente una correspondencia a su actitud de alejamiento, —cisma— a aquel volver la espalda para irse lejos sin respuesta. Es, con toda la espera de misericordia divina, el tener apretada entre los brazos la PORCION —un hijo pródigo colectivo— que creyó corresponderle. Al fin era tesoro del Padre.

Sin embargo cuando en intento de análisis queremos acercarnos al concepto “ortodoxo” de SANTIDAD, una corriente de inestable movilidad corre a través de la ideología separada. Esta movilidad —acerbo de opiniones— se coloca en el plano inclinado de la concepción protestante de SANTIDAD, donde los pecados individuales no se borran; se cubren al interponerse sobre ellos la FE en JESUCRISTO. Esta, los envuelve ocultándolos sin justificarlos con una íntima y juvenil renovación.

En otra dirección, con la postura de una violenta ironía la corriente de una negación afirmando —contraste trágico de gran parte de la literatura rusa— que no existe una auténtica santidad en los fieles creyentes.

El hombre —ese hombre despedazado en la novela— ambiente en su esfuerzo por la SANTIDAD consigue simplemente, irónicamente una máscara grotesca de SANTIDAD, mejor de Hipocresía. Sólo la Iglesia —en este aspecto institución “intocable”— posee semejante tesoro por su doctrina, leyes, culto litúrgico.

Es una orientación pesimista que impide el paso al hombre peregrino en su deseo de ser parte viva de esa doctrina y liturgia, para retornar a sus hermanos, no en una parábola del fariseo, sino para iluminarlos a su lado.

Situada en el centro, como un alivio humano, el concepto de SANTIDAD genuino y verdadero también lo posee la Iglesia separada. Con San Pablo que recuerda “NO SOIS YA EXTRAÑOS, NI ADVENEDIZOS, SINO CONCIUDADANOS DE LOS SANTOS... EDIFICADOS SOBRE EL FUNDAMENTO DE LOS APOSTOLES” se perfila en esta postura, el soberbio plano de un edificio, Iglesia, cuya piedra angular es CRISTO, SANTO DE LOS SANTOS, atravesada por la corriente interna del ESPIRITU SANTO en cuyo contacto los fieles, los hombres son santificados por medio de la palabra divina y sacramentos. Estos hombres se transforman no en máscaras de hipocresía sino en miembros puros y santificados hasta poder llegar a la SANTIDAD extraordinaria.

Cuando aludíamos a la **inestable movilidad** del plano doctrinal: esa falta de FIJEZA, propia de la ROCA, en la doctrina, no es más que el exponente de una carencia en la Iglesia Ortodoxa. No posee en plenitud una autoridad suprema e infalible respecto a las verdades reveladas. Esta falta es el primer eslabón para comprender las roturas que deforman la SANTIDAD corporativa de los orientales.

La queja se formula por los labios de un oriental que olvidando la separación confiesa: "LOS LATINOS POSEEN UNA AUTORIDAD CENTRAL A QUIEN SE DEBE OBEDECER; EL PAPA PUEDE RESOLVER, EXPLICAR LAS CUESTIONES Y PROBLEMAS SUSCITADOS. TODO ELLO ES IMPOSIBLE ENTRE LOS ORIENTALES, QUE CONDUCIRIA A CUALQUIER IGLESIA A PERDER LA COMUNION CON LA ORTODOXIA".

Una rigidez y una tradición estancada impide el tener un órgano vivo, vocero de DIOS, que mande en nombre de JESUCRISTO. Esa desconfianza en una autoridad única, cierra el paso para la acomodación a la circunstancia. No airean su arca de olor enclaustrado, sin el suficiente valor del "escriba instruído" que imitando al amo de la casa extrae de su tesoro "lo nuevo y lo añejo". Como un símbolo de su mutismo descubrimos la tirantez de sus rígidos iconos cuyas bocas permanecen cerradas, prietas en el esfuerzo secular de sus brazos tensos, incapaces de doblarse.

No obstante como una lamentable mueca irónica, esta tradición permite la mediatización del poder estatal que domina sobre el vasto campo eclesiástico. No es una acusación enesíma, manufacturada en el "snob" con prensa, radio, y televisión— anticomunista en su programación de las "Iglesias Nacionales". Tendríamos que superar sin leerlo el testamento político de aquel excelente artesano, carpintero, relojero y zar de todas las Rusias llamado PEDRO I el GRANDE.

Sus páginas se adelantan varios siglos y con la firma, como homenaje clásico del libro de firmas de una institución honorable, han sido suscritas por los jerarcas del Soviet. Es indudable que el actual régimen ruso no es una adherencia exótica en la mentalidad rusa. Hoy no se destierra de la Historia, ni de la Gesta soviética a todos los zares: PEDRO Y CATALINA pudieron tener los primeros "carnets" del actual estatismo soviético. Como en el cercano "ayer" de Kiew, Jarkof y Stalingrado se levantaron en apretado haz con la enseña roja, las banderas blancas de las aguilas tradicionales de los buenos "padrecitos" los zares. Era Rusia, anormal y piadosa Rusia, quien las llevaba por encima de la estepa.

Y es Rusia la que sigue programando esa mediatización, como algo de costumbrero, hasta permitirse el lujo de oír la oración más difícil: los labios del patriarca de Moscú —1945— han levantado un ofertorio de gracias a Dios por el beneficio de ser regida su Santa Rusia por José Stalin. No sería muy aventurado, que más tarde, cuando Stalin no sea tan malo —ni tan "bueno" como lo fué en Teherán o Yalta— la Historia Universal ponga en la misma línea al antiguo seminarista y al gigantesco Zar. Al fin íntimamente rusos.

* * *

Estas dos actitudes parásitas consiguen la privación de definiciones infalibles; que ve el complaciente campo de las opiniones, y permiten el natural desarrollo múltiple de heregías que se agrupan en una inveterada costumbre. Sin tener la autoridad para su extirpación.

De esta forma la Iglesia Ortodoxa del Oriente permite en el tesoro de la integridad de costumbres y de los sacramentos, graves faltas, producto de erróneas interpretaciones. Con razón se queja Jugie del "Ancho camino abierto a la práctica del divorcio por tantas causas para disolver los matrimonios que admitió en todos tiempos y también admite el día de hoy".

Han analizado erróneamente el pasaje de San Mateo sobre el repudio y como resultado han roto esa unión santa de Dios: "Lo que Dios unió no lo separe el hombre", en la cual hombre y mujer serán como uno. Las consecuencias (podríamos seguir leyendo el pasaje y subrayar "Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés el repudio") son el triste acopio de recursos encontrados contra la unión matrimonial como causas legítimas "comprensibles": una ausencia prolongada, aun involuntaria, la enfermedad física o moral, también el alarde de un pudor farisaico en el tan traído y llevado concepto de la "crueldad mental". Todo esto ha desenfocado la SANTIDAD del Matrimonio.

La contrapartida de esta mutilación ha formalizado esa futilidad y capricho aireado, eco del ambiente, en el campo literario ruso con las pinturas más o menos cómicas de los divorcios. Se llega a esto, sin recurrir a las sensaciones de la "crónica escandalosa", a situar el Matrimonio como una elegante sugestiva novelaría si lo protagoniza una condesa, un bailarín o un coronel ruso, y fácil conveniencia social.

* * *

Siguiendo ese entrecruce de opiniones adentradas en la vida sacramental, las orientaciones vigentes dañan la integridad regular de los misterios eucarísticos: la Santa Misa, esa manifestación clamorosa del amplio y maravilloso ademán litúrgico del Oriente, no es celebrada con regularidad. La irregularidad ha saltado también los cercos monacales donde los Monjes quedan libres de su asistencia.

* * *

Con un criterio más o menos terapéutico en la jerarquía, y traducido en la Comunidad de fieles en un desvanecimiento de su virtud interna sacramental, la Extremaunción ha quedado en nivel igualatorio al remedio de un curandero. De ahí que al perder todo su valor como sacramento ha caído en desuso.

Sólo alguna que otra Iglesia autocéfala mantiene el auxilio de este Sacramento Consolador.

* * *

El mensaje de la PALABRA sembrada a voleo por el sembrador de la parábola carece en el Oriente de esa extensión y esfuerzo que obliga

a San Pablo,, glosando a Isaías, una exclamación radiante por el contraste: "Qué hermosos los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien". Una alabanza que no puede posarse como una mano amiga sobre los miembros cansados del SEMBRADOR.

Si creemos el testimonio sobrio de Souvorov: **"En la antigua Rusia, la predicación no ha estado nunca extendida. La predicación como tal nos viene por Kiew, del mismo Occidente. Pedro y Catalina II ensayaron, los ensayos rusos han sido con frecuencia verdaderos planes quinquenales, de hacerla más frecuente. En nuestros días, en las Iglesias parroquiales especialmente en las rurales, presenta la predicación un carácter ocasional"**.

Tendremos que marchar históricamente con la Iglesia Oriental y hacer patente un cansancio prematuro, unos ensayos más o menos impuestos a lo cuartelero y el desolador cuadro de un púlpito vacío por ser de ocasión. Naturalmente que la escasez de predicadores puede ser una triste realidad; pero se aumenta si atendemos a la falta más dolorosa si cabe de sacerdotes capaces de anunciar la palabra de Dios.

Acentuando esta nota Jugie indica que **"En la Iglesia Oriental Griega la Cátedra Sagrada se ve con frecuencia ocupada por seglares. En 1925, el Metropolitano de Belgrado se quejaba de que la predicación en Yugoslavia (antigua Serbia) fuera por excepción dos veces al año —Navidad y Pascua de Resurrección— solamente la Iglesia de Belgrado se permitía el lujo de un sermón todas las grandes fiestas"**.

* * *

Al enmarcar este panorama con el intento, quizás no conseguido, de centrar la situación y ambientación de los medios de santificación, cuya existencia permanece entre nuestros hermanos separados; nos agradaría el haber evitado ese tono molesto, tan de minoría selecta por desgracia, para quien ningún tiempo fue peor que el presente. Hemos señalado la disminución de lo que un día se llevaron al cisma. Reconocemos entre ellos esa permanencia inapreciable que les da la posesión y acompañamiento en su lejanía de Roma de los LIBROS SAGRADOS, los SIETE SACRAMENTOS, aquella antorcha del SIMBOLO que se erigió, glosando al gran Atanasio, **"COMO VERDADERA COLUMNA Y SIGNO"** de victoria contra la heregia en Nicea.

Y en la continuidad conciliar poseen la serie ecuménica de siete Concilios que aportaron en su universalidad la auténtica ortodoxia de los Padres Orientales. Y dando la ambientación dulce miran con ojos abiertos e ingenuos en el recargo bizantino de color, esos iconos de la venerable Madre de Dios. Sus ojos sorprendidos en el júbilo, parecen evocar las luminarias de Efeso para iluminar —si cabe más en el gozo humano— la palabra mariana del **"THEOTOKOS"**.

Por eso Pío XI ha podido decir: **"NO SE SABE DEMASIADO LO QUE HAY DE PRECIOSO, DE BUENO, DE CRISTIANO EN LOS RESTOS DE LA ANTIGUA VERDAD CRISTIANA"**. Las glebas arrancadas de una mina aurífera también contienen oro.

* * *

Intentamos un paso más: ir hacia ese milagro moral llamado "SANTIDAD EXTRAORDINARIA"; extraordinaria no en mantenerse intangible y elevada sino por que han existido, existen y existirán aventureros geniales que coronen esa elevación.

La Iglesia del Oriente nos obliga a una evocación hacia los que un día, los términos de Oriente y Occidente eran simplemente geográficos, en multiforme personalidad y estilo fueron llenando las fechas de los Martirologios católicos.

No los podemos olvidar y por veneración a ellos quisiera eliminar todo espíritu polémico en estas líneas sobre la Santidad Extraordinaria en la Iglesia separada. Una serie de interrogantes que giran alrededor de una realidad, la de ayer, que exhibía el Milagro de la Santidad, formula la duda de si sigue en su vigor esa ascensión heroica en el paréntesis desolador del Cisma.

La Historia que recogía emocionada los nombres y reliquias, gestos y muertos de los atletas de Cristo, indica hoy un sensible decrecer, no cese total, y la manifiesta inferioridad que en esta escala presenta la Iglesia Oriental.

Sabemos las tendencias fervorosas de las multitudes, fervorosas y también irracionales, por su ingenuidad gregaria que han podido llevar sobre sus cabezas las reliquias de seres humanos a quien por entusiasmo proclamaron santos.

Ingenuo fervor rédito de una mentalidad popular y anárquica, fenómeno que se da en el paciente "mujik" ruso. Lo demuestran esas canonizaciones "heterodoxas" de las multitudes orientales.

Poco importa que ese excéntrico y anarquista del espíritu, Conde de Tolstoi, escriba "Ana Karenina". Fundador de una nueva Religión, la religión de Cristo pero purificada de sus dogmas y misterios, sobre él cayó la excomunión del "Santo Sinodo". Será admirado en su heterodoxia ajerárquica y basta su poesía y amor al mujik ruso para que en las sombras del bosque, el sepulcro de Tolstoi sea un lugar egregio de peregrinaciones piadosas. En ese sitio de árboles, los árboles son un lugar de dicha dijo Tolstoi, se ha formado, cubierto por árboles en flor, **nulla crux, nulla corona**, un magnífico túmulo en su sencillez. Ni la cripta curvada de Napoleón en los Inválidos, ni el sepulcro de Goethe conmueven tanto como esa tumba anónima y perdida que oye el susurro del viento como un mensaje sin palabras.

Todo lo ha hecho el fervor popular incontrolado. Siguiendo esta línea de conducta, aun admitiendo la más ortodoxa, muchas de las apoteosis de los santos rusos y griegos tienen ese sabor impulsivo, primitivo, carente de toda intervención eclesiástica con un mínimo "Nihil Obstat".

Este influjo es el que impone las canonizaciones desde el siglo XI hasta muy adentrado el XVI. Campea el instituto popular alucinado por la integridad del cadáver. Esta incorrupción no puede ser único criterio de santidad extraordinaria; sobre él pesan en muchos casos factores meramente climatológicos.

La confusión que este rapidísimo proceso, "referendum", origina, tiene deplorables consecuencias en el mismo culto. Aparece dividido, escindido y particularista; fundo propio de una región, clase o monasterio. Nunca irradiará la luz benéfica del candelabro en un diámetro ecuménico. Así se pueden citar noventa canonizaciones que en cinco siglos se han elevado en un pedestal incógnito e incierto de virtudes heroicas.

A esta época siguen las intervenciones del Control eclesiástico: una responsabilidad y un canón jerárquico refrenda el culto. Una mayor atención de las virtudes heroicas y milagros en torno de la causa introducida.

Con esto no se ha desterrado la impresionabilidad de la incorrupción. Los Metropolitans y patriarcas establecen en tiempos más modernos un formulario de garantías. Y por último, hasta 1914, el Emperador se atribuía el poder del "placet", no siempre exento de favoritismo o poco minucioso.

Con una glosa sin ánimo comparativo: Cuando en visión retrospectiva se observa la figura que ha logrado el incienso y la oración entre la gloria de Bernini, y la vemos en continuo descenso a través del complicado formulario Romano que empezó ya en la lejana diócesis, se comprende la fuerza de ese surtidor glorioso que lanza al cielo, oro y color, la humillación que tocó el fondo de la tierra.

Nunca podrán los formulismos impedir el desarrollo de esas vidas admirables. La luz de Dios resplandece sobre los hombres escogidos que siguen la senda de la Buena Voluntad. Son ellos también en el Oriente separado, la permanencia de ese Milagro Moral: la SANTIDAD EXTRAORDINARIA respondiendo no a la triste aureola del Cisma sino al conjunto de verdades comunes con la Verdadera Iglesia. Si los sucesivos planos de la Santidad COMUN, SUPERIOR y HEROICA nunca están fuera de la Iglesia de Jesucristo, nunca podrá lo escindido, lo roto, lo cismático levantar como trofeo a esos hombres que por ser SANTOS —y no por SEPARADOS— pertenecen "DE FACTO" a la Iglesia Católica.

Sus vidas levantadas sobre la Verdad y el Camino; y sus carismas que respondieron a los hombres y a los ángeles, encuentran refugio ORTODOXO y sin glosa en las palabras de Sto. Tomás: "Para confirmar la verdad cualquiera que predica la verdadera fe puede hacer milagros".

Lejos y fuera quedan los chismes y las fábulas. La seriedad y la verdad oponen una barrera a la "conseja"; a lo que en un rato de buen humor o de miedo puede ser al calor del fuego el tema de una velada más o menos elegante. Aunque firmada por Maistre y en San Petersburgo.

Y en el final, acordándome de aquel lejano P. Koruga: Deseo que bajo una Cruz UNIDA cuyos brazos toquen, tocar es aproximar, a Oriente y Occidente y "sean miles de antorchas las que al extinguirse dejen el fulgor de su Santidad recogida en el haz teocéntrico de la Iglesia Oriental".

Oña, (Burgos, España).

BIBLIOGRAFIA

- | | |
|-------------|--|
| JUGIE. | Theol. Dogm. Orient." T. IV. |
| D'HERBIGNY | "De Ecclesia". |
| ZAPELENA | "De Ecclesia", Ed. 1950. |
| GRANDMAISON | "Probleme de la Saintete hors de l'Eglise Catholique". |
| | Rech. Scienc. Relig. Vol. 12. 1922. |
| JANIN | "Les Eglises Orientales". |
| THILS | "Les Notes de l'Eglise". |